

“El envejecimiento de la juventud”

Este artículo analiza la transformación que sufre la juventud como etapa del curso vital. Comienza por referir el problema al proceso de individualización (Beck) o desfamiliarización (Esping-Andersen) por el que atraviesan las nuevas generaciones de las clases medias urbanas. Después expone sus consecuencias sobre la emancipación juvenil. Y por último aborda el cambio biográfico que ello implica, pues la juventud ha perdido en beneficio de la edad adulta su papel estratégico como la fase más decisiva del ciclo de vida.

1. La desfamiliarización de la juventud urbana

Desde que la globalización de los mercados ha extendido por doquier el predominio de la sociedad postindustrial, sus consecuencias han pasado a transformar la estructura de la construcción biográfica, que ha dejado de depender de la red familiar o comunitaria para pasar a ser un proceso cada vez más individual o personalizado. Hasta 1975 (fecha que simboliza la quiebra del fordismo keynesiano y el consiguiente inicio de la globalización postindustrial), las personas se insertaban socialmente a través de sus estructuras de parentesco, que les asignaban sus estatus adscritos y les facilitaban su acceso a los estatus adquiridos. Esto era posible porque, gracias a sus patrimonios materiales y simbólicos, las familias podían confiar en cubrir con éxito sus objetivos sucesorios desplegando una estrategia que buscaba el *enclasamiento* de sus descendientes ⁽¹⁾ en unas posiciones sociales de nivel igual o superior al familiar de origen. Movilizando los recursos de su capital social, los progenitores conseguían colocar a sus hijos y casar a sus hijas en los mismos nichos sociales que ellos controlaban y ocupaban. Era lo que Pierre Bourdieu denominó estrategia familiar de ascenso, reproducción o reconversión social, que determinaba el destino futuro de la mayoría de las personas cualquiera que fuese su clase social. Pues si bien los hijos varones de la burguesía individualista debían emanciparse de sus familias de origen, siguiendo una estrategia propia de ascenso meritocrático a través de la competencia escolar, académica y profesional, sin embargo su éxito estaba en buena medida predeterminado por la estrategia familiar que financiaba, orientaba y apoyaba su carrera personal de ascenso social.

Así sucedía hasta 1975, pues gracias a la economía keynesiana del pleno empleo vitalicio, la estructura ocupacional era lo suficientemente sólida y estable para que los *pater familias* (varones cabezas de familia) pudieran confiar en que su poder e influencia (patrimonio material y simbólico, o capital económico y social) se mantuvieran intactos a todo lo largo de su vida activa, permaneciendo disponibles para ser utilizados de forma eficaz a la hora de inducir y garantizar la integración de sus sucesores en la estructura social. De ahí que los hijos heredasen tanto el estatus ocupativo como la conciencia de clase y las relaciones sociales de sus padres. Pero a

(1) Bourdieu, 1988.

partir de 1975, la llegada de la sociedad post-industrial, con su ruptura del paradigma keynesiano, quebró la estabilidad de la estructura ocupacional, que pasó a desintegrarse para fragmentarse en un cambiante agregado de empleos inseguros, precarios, discontinuos e inestables. Es la economía terciarizada de los nuevos servicios financieros, comerciales, comunicativos y personales, cuya rentabilidad depende de la introducción de nuevas tecnologías ahorradoras de empleo fijo y consumidoras de empleo flexible, basado en la precariedad laboral: deslocalización, temporalidad, externalización, subcontratas, despido libre...

Y en esta situación de nuevos mercados urbanos caracterizados por su fluidez, inestabilidad e incertidumbre, la ocupación de los *padres familias* ya no garantiza ninguna estrategia sucesoria digna de este nombre, pues su patrimonio material y simbólico se devalúa tan pronto que en seguida queda obsoleto y ya no puede asegurar la integración social de sus hijos. En estas circunstancias los progenitores ya no pueden desplegar con éxito su estrategia familiar sucesoria, pues carecen de recursos para colocar y *enclasar* a sus hijos con su mismo nivel de arraigo y estabilidad. Es lo que se ha llamado el eclipse del padre, (2) que deja a la institución familiar sin herederos, (3) pues los sucesores se ven reducidos al nuevo papel de huérfanos familiares sin patrimonio material o simbólico que heredar, debiendo labrarse su futuro personal por sus propios medios sin poder contar con el auxilio de la protección familiar. Y de aquí se derivan dos tipos de efectos perversos. De una parte, la aparición de las nuevas formas de familias desestructuradas (monoparentales, reconstituidas, de cohabitantes, etc) que se caracterizan por la llamada ausencia del padre y que presuntamente inducen el fracaso escolar y laboral de sus hijos tras verse privados de la orientación normativa provista por la autoridad paterna. (4) Y por otro lado la prolongación forzosa de la dependencia familiar de los hijos, que deben permanecer por tiempo indefinido bajo la protección de sus progenitores ante el bloqueo o fracaso de su emancipación personal, (5) tal como veremos en seguida en la sección próxima.

Sin embargo, es preciso advertir que esta desestructuración de la descendencia sucesoria sólo afecta a los estratos de familias profesionales urbanas, que dependen para su subsistencia de su acceso a los mercados de trabajado cualificado. Pues por lo que respecta a las familias que se hallan situadas *por encima* y *por debajo* de los mercados profesionales urbanos, no parecen estar afectadas por este proceso en la misma medida, sino que mantienen sus viejas estrategias familiares más o menos intactas. A las familias de grandes propietarios o empresarios, su patrimonio material y simbólico les permite escapar a la desestructuración ocupacional, conservando en pleno vigor su poder e influencia para colocar y *enclasar* a sus hijos en posiciones privilegiadas, con independencia del puesto al que accedan por sí mismos en los mercados profesionales de trabajo. Y en cuanto a las familias más desfavorecidas, resultan excluidas en buena medida del acceso a los mercados de trabajo, sobre todo para aquellos de sus hijos que no logran sobrepasar la barrera del éxito académico, pues en ausencia de estudios post-secundarios, o en caso de expulsión por fracaso escolar, su único destino es la marginación delincuente o el subempleo explotado. Por lo tanto, también los jóvenes excluidos dependen por necesidad de la estrategia familiar de sus redes comunitarias de parentesco, que tratan de asignarles ocupación y pareja al no poder emanciparse de forma independiente por sus propios medios.

(2)
Flaquer, 1999.

(3)
Théry, 1997.

(4)
Gil Calvo, 1997 y 2003.

(5)
Gil Calvo, 2002.

De modo que la nueva estrategia juvenil de orfandad familiar que aquí vengo comentando sólo afecta a aquellos estratos urbanos (antes llamados de nuevas clases medias) que se integran en los mercados de trabajo profesional de los que dependen para su subsistencia y emancipación personal. Hasta 1975, en este estrato de profesionales urbanos también resultaba posible seguir una estrategia familiar con esperanzas de éxito, pues los progenitores podían confiar en colocar y *enclasar* a sus hijos en su mismo nivel o por encima de éste. Pero ahora ya no es así. Ahora la posición de los padres es tan insegura que ya no pueden transmitir a sus descendientes su estatus (nicho ocupacional), su capital social (redes de poder e influencia) ni su patrimonio simbólico (conciencia de clase e identidad familiar), por lo que sus hijos han de aprender a construir sus biografías por sí mismos, sin poder heredar como antes la posición ni la identidad de sus padres.

A este proceso de creciente privación del apoyo familiar es a lo que se puede llamar *desfamiliarización* (6) o *individualización*, (7) queriéndose aludir con ello a la pérdida de la estrategia familiar sucesoria, pues ahora las familias ya no pueden inducir ni orientar la emancipación de sus hijos (postfamiliarismo), sino que éstos han de construirse por sí mismos su propio futuro *ex nihilo*, sin contar con más apoyo familiar que el puramente material, nutricional y consuntivo.

2. La metamorfosis juvenil: calendario, límites y sentido.

La creciente desfamiliarización del proceso de emancipación juvenil ha determinado una radical transformación de su misma naturaleza, modificando sustancialmente las propiedades que solían definir a la juventud. Aquí se van a repasar por encima las grandes alteraciones introducidas en sus principales características, para dedicar mayor atención al propio cambio endógeno del concepto de juventud (lo que se hará en la siguiente sección), considerado en sí mismo con independencia de sus relaciones con las demás edades del curso vital.

2.1. El bloqueo de la emancipación juvenil. El principal cambio registrado en la naturaleza del periodo juvenil es su duración, que se ha prolongado de forma cada vez más extensa y quizás irreversible. Este alargamiento no puede ser atribuido a la distribución proporcional del incremento de la longevidad, como podría pensarse. Si la duración media del lapso vital se ha multiplicado por dos en todo Occidente, para pasar de 40 a 80 años en el último siglo, el lapso juvenil se ha multiplicado mientras tanto por tres en España, para pasar de cinco años (entre 15 y 20 años) a quince años (de 15 a 30 años). Las causas que lo explican pueden agruparse resumidamente en tres. (8)

Ante todo, el cambio tecnológico ha exigido cualificar la mano de obra, que de estar mayoritariamente sin cualificar como trabajo manual o de cuello azul ha pasado a ser cada vez más cualificada y diversificada como trabajo técnico y profesional de cuello blanco, cuello rosa, bata blanca, etcétera. Lo cual ha exigido prolongar los años de escolarización y formación profesional para todos los segmentos de la población activa, tanto masculina como femenina, retrasando en consecuencia el umbral de la emancipación juvenil.

En segundo lugar, el cambio económico también ha encarecido los recursos necesarios para poder formar familia, obligando a aplazar la edad de

(6) Esping-Andersen, 2000.

(7) Beck y Beck-Gernsheim, 2003.

(8) Gil Calvo, 2002.

emancipación juvenil hasta tanto pueda constituirse el imprescindible fondo de capital que resulta imprescindible para poder sobrepasar semejante umbral. Aquí aparecen varios factores asociados, entre los que destacan tres: la pérdida de poder adquisitivo de los salarios juveniles (a lo que se añade la precariedad del empleo temporal, que impide comprometerse a largo plazo con créditos hipotecarios), el encarecimiento de la vivienda (sobre todo en aquellos países, como España, donde hay *boom* inmobiliario y la propiedad se prefiere al alquiler) y la elevación de los costes de la crianza de los hijos (sobre todo cuando la escasez de servicios sociales como el de las guarderías impide conciliar el trabajo femenino con la maternidad).

Y en tercer lugar está el cambio social antes aludido: la desfamiliarización, que impide a las familias originarias apoyar a sus hijos para que puedan emanciparse por sí mismos pasando a formar familia. Este tercer factor es particularmente grave en aquellos países del modelo latino mediterráneo que, por la carencia institucional de su Estado de bienestar, son de tradición familiarista, lo que refuerza la dependencia de jóvenes y mujeres de sus padres y maridos. (9) Y cuando estos factores (demanda de escolarización, precariedad laboral, carencia de la vivienda, carencia de servicios públicos, dependencia de la familia de origen) entran en interacción, como sucede en el caso español, entonces la emancipación juvenil se bloquea indefinidamente.

Todo lo cual ha determinado que la juventud haya dejado de ser un breve periodo de transición entre la infancia y la edad adulta para pasar a eternizarse como una nueva edad estable, permanente y duradera, de la que no se puede salir fácilmente. Si hace 50 años todos los jóvenes de clase obrera se casaban entre los 18 y los 22, y los de clase media entre los 22 y los 26, hoy ni unos ni otros pueden hacerlo antes de los 30, obstaculizados como están por un bloqueo de la emancipación juvenil que les impide ejercer su derecho a formar familia. De ahí que, para poder sortear ese bloqueo, se recurra a fórmulas informales de familias defectivas o familias fallidas: como sucede con la cohabitación de las parejas de hecho, que conviven precariamente tras renunciar en muchos casos a la maternidad. (10)

2.2: La disolución de los límites de la juventud. Además de prolongar su extensión en el tiempo, el periodo juvenil también ha visto disolverse los límites extremos que hasta ahora lo definían como tal, borrándose de forma indefinible. Así ha sucedido con su apertura o límite de aparición inicial, que para ciertas experiencias como por ejemplo las sexuales se ha adelantado mucho hasta resultar incluso demasiado precoces (desde el punto de vista de la madurez emocional), mientras que en cambio otras prácticas, como las de aprendizaje laboral, se han visto pospuestas hasta edades mucho más tardías que antes. El resultado es que la frontera entre la infancia y la primera juventud se ha hecho bastante borrosa, pues hay adolescentes todavía impúberes que ya parecen adultos precoces mientras otros jóvenes más desarrollados se comportan como inmaduros menores de edad.

Y la explicación de que el inicio de la juventud se haya hecho tan borroso es que resulta muy contradictorio. Por una parte los jóvenes siguen dependiendo materialmente de sus familias de origen hasta edades cada vez más tardías, los que les infantiliza en términos objetivos. Pero al mismo tiempo, y dada su creciente *desfamiliarización*, también se ven inclinados a romper moralmente con su familia cuanto antes, lo que les obliga a

(9) Esping-Andersen, 2000.

(10) Gil Calvo, 2003.

emanciparse en términos simbólicos adelantando la pérdida de su identidad familiar para sustituirla por una cambiante mascarada de identidades provisionales y ficticias. Esto sumerge a la adolescencia en un escenográfico baile de disfraces que tiene mucho de pueril juego de niños, aunque se revista con una romántica aureola de arriesgada aventura, llena de peligros sin cuento en forma de violencia, sexo, drogas y *rock and roll*. (11)

Pero si sucede esto con la edad de iniciación a la etapa juvenil, también ocurre lo mismo con su finalización, pues la edad que le pone término resulta cada vez más imprecisa. Hace sólo 30 años, la frontera entre juventud y edad adulta nos parecía muy clara y distinta, al estar nítidamente señalada por un cuádruple criterio de demarcación basado en la libre disposición de las cuatro grandes responsabilidades que se adquirían por orden sucesivo una tras otra: empleo, pareja, vivienda y progenie. Según esto, era adulto quien ya disponía de esas cuatro responsabilidades y era joven quien no las había adquirido todavía. (12) Y semejante marca de distinción se reflejaba en los hábitos culturales, polarmente contrapuestos entre los adultos que ya se vestían de señores mayores y los jóvenes que aún no habían sentado cabeza. Pero esta marca terminal del periodo juvenil cada vez se ha hecho más borrosa, pues las parejas se forman aunque no se disponga de empleo y la obtención de éste ya no garantiza como antes el acceso a la vivienda. De este modo, ahora ya no se puede distinguir entre adultos y jóvenes, pues estos se comportan todos como adultos precoces mientras aquellos se resisten a su vez a parecerlo, comportándose como jóvenes víctimas del síndrome de Peter Pan.

2.3: La pérdida del sentido de la juventud. Podría parecer que esta transformación juvenil sólo es de tipo formal, en la medida en que su duración se ha prolongado y sus límites inicial y terminal se han difuminado, tornándose cada vez más imprecisos y borrosos. Pero no se trata sólo de un cambio formal, pues también afecta a su contenido, es decir, al significado o sentido último que adquiere la juventud considerada como un todo unitario. Cuando su *desfamiliarización* todavía no se había producido, la juventud se entendía como una prueba vital que había que superar. Una prueba llena de represiones y sacrificios consistente en una carrera de obstáculos que si se coronaba con éxito permitía alcanzar tras cruzar la meta de llegada un merecido premio, en forma de legítima integración social como persona adulta, madura y responsable. De ahí que esa prueba se viviera como un relato épico: una heroica lucha por la vida desplegada a lo largo de esos difíciles *Años de aprendizaje* (como en la novela del mismo título, la primera parte del *Wilhelm Meister* goethiano que constituye la expresión canónica del *bildungsroman* o novela didáctica de formación).

Y como en todo relato lineal, su sentido narrativo procedía del desenlace final que lo llenaba de significado, haciendo que mereciesen la pena todos los sacrificios necesarios para alcanzarlo. Así sucedía al acabar la juventud, cuando tras mucho luchar, reprimirse sexualmente y esforzarse profesionalmente, al final se obtenía el merecido premio en forma de integración social, como en el *final feliz* de los cuentos infantiles: se casaron, fueron felices y comieron perdices. Pues el amor y el trabajo, los dos pilares de la edad adulta según fueron definidos por Weber y Freud, (13) constituían así el doble premio que coronaba la juventud entendida como carrera de méritos. Lo cual exigía una doble condición de verosimilitud narrativa: ante todo, que los premios ofrecidos fueran reales, como sucedía cuando los

(11)
Gil Calvo, 1996.

(12)
Gil Calvo, 1985.

(13)
Smelser y Erikson, 1982.

empleos eran vitalicios y los matrimonios duraderos; y además, que los esfuerzos exigidos permitieran alcanzarlos en justa recompensa. Éste era el mensaje o la moraleja que se desprendía de la juventud entendida como narrativa de superación personal.

Por eso, cuando la juventud todavía estaba sometida a la autoridad familiar, los responsables que supervisaban la emancipación de los jóvenes se sentían autorizados a reprimir el consumo y la sexualidad de sus hijos para obligarlos a luchar por la vida, aplazando toda recompensa sexual y consuntiva para utilizarlas como zanahorias diferidas que sólo se podían alcanzar ya de adultos como un premio merecido al final de la juventud. Pero ahora ya no puede hacerse así, pues la doble condición de credibilidad ha fallado: los premios prometidos ya no existen, pues tanto el empleo como el matrimonio se han hecho inseguros y precarios; y los esfuerzos requeridos ya no permiten alcanzar unos premios devaluados que se distribuyen aleatoriamente, sin proporción a los esfuerzos invertidos. Por lo tanto, como la emancipación juvenil está bloqueada y se aplaza indefinidamente, ahora los responsables familiares ya no pueden reprimir más tiempo el consumo y la sexualidad de sus hijos, que alcanzan temprana gratificación sin relación alguna con el desarrollo de su carrera de méritos.

Así es como el contenido de la juventud ha cambiado, pues si antes era una etapa de sacrificio y acumulación de méritos, cuya recompensa futura sólo se adquiriría en la edad adulta con el empleo estable y el matrimonio indisoluble, ahora las gratificaciones sexuales y consuntivas ya se reciben por adelantado durante la juventud, con independencia de los méritos demostrados. De ahí que los años de aprendizaje dejen de tener sentido, convertidos en un absurdo juego de niños. Y esto ha hecho que la juventud ya no tenga un final feliz. Por mucho que uno luche y se esfuerce, al final de la carrera ya no hay ahora un premio que aguarde en forma de salida vitalicia.

Cuando la juventud se definía como un proceso de transición hacia la integración adulta, esta misma inserción en la madurez constituía además su término final, dotándole de un sentido unitario. Y si la juventud parecía tener sentido era porque siempre terminaba por acabar, dando lugar a la edad adulta del mismo modo que la crisálida se convierte en mariposa. La juventud parecía una enfermedad predestinada a desaparecer tras hacer crisis, sufriendo una metamorfosis como la de Kafka que la transformaba en su contrario, la edad adulta. Pero ahora la juventud se ha convertido en una metamorfosis sin fin: un proceso de transición interminable que carece de salida, no lleva a ninguna parte y sólo conduce al eterno retorno de sí misma.

Si la juventud ya no es una transición hacia la estabilidad adulta es porque esta misma edad de llegada ya se ha hecho ahora una etapa tan precaria e inestable como la propia juventud, a la que viene a prolongar sin solución de continuidad. El empleo es ahora flexible o precario, y la reconversión tecnológica determina que la formación adquirida durante la juventud se amortice en quince años, por lo que hay que volver a formarse de nuevo una y otra vez, reanudando un permanente proceso de formación continua. Tampoco el matrimonio puede durar toda la vida, y por eso cuando se es adulto y se pierde el empleo o la pareja hay que volver de nuevo a luchar por la vida, tratando de adquirir nueva formación, nuevo empleo y nueva pareja, aunque siempre de forma incierta y provisional. Esto ha hecho de la

juventud una carrera interminable que no acaba nunca, pues en cuanto parece terminar empieza de nuevo, ya que el adulto debe estar preparado para encontrar empleo y pareja una y otra vez, comportándose como jóvenes en busca de trabajo y de pareja que deben mantener intacta toda su *empleabilidad* y su *emparejabilidad*, en este tiempo incierto de elevado riesgo laboral y amoroso.

Y esto hace que la juventud ya no parezca un relato lineal en busca de su mejor final feliz sino un laberinto sin salida, en el que se está obligado a navegar en círculos viciosos tratando de no ahogarse en el próximo naufragio que aguarda a la vuelta de la esquina. De ahí el atractivo que tiene para los jóvenes actuales la metáfora de la red en forma de laberinto o tela de araña, pues su propia vida en tanto que jóvenes ha dejado de tener forma de relato lineal preñado de sentido finalista para pasar a discurrir y divagar en forma de red circular. (14)

3. El cambio biográfico: juvenalización adulta y envejecimiento juvenil

Hasta 1975 (fecha que simboliza el final del pleno empleo keynesiano y el comienzo de la globalización neoliberal), la juventud constituía la edad más definitoria de las biografías humanas: su nudo argumental, su centro de gravedad. Y esto sucedía así porque era en esa edad cuando se tomaban las decisiones más estratégicas e irreversibles, destinadas a marcar para siempre de una vez por todas el curso futuro de los acontecimientos que habrían de vivirse a todo lo largo de las demás edades durante el resto de la biografía. Esas decisiones cruciales eran tres, fundamentalmente, de las que se derivaban todas las demás: (15) la triple elección de estudios (oficio, profesión), de empleo (trabajo, carrera) y de pareja (matrimonio, familia). Y esas tres decisiones estaban encadenadas entre sí, pues tanto el emparejamiento como la ocupación dependían de la formación inicialmente adquirida. Pero lo cierto es que, una vez tomadas, esas tres decisiones se convertían no sólo en irreversibles sino además en vitalicias, de tal modo que estaban predestinadas a mantenerse y perdurar durante todo el resto de la vida, acompañando al sujeto desde su juventud hasta la tumba.

Es verdad que, por entonces, los jóvenes carecían de capacidad de consumo, debían reprimir su sexualidad y estaban privados de libertad, teniendo que someterse al poder que monopolizaban los adultos de quienes dependían. Por lo tanto, en el conflicto intergeneracional, no hay duda de que la correlación de fuerzas entre las edades favorecía a los adultos y perjudicaba a los jóvenes. Pero a cambio, éstos protagonizaban la toma de las decisiones más cruciales, que predeterminaban el curso futuro de la vida. Sólo de jóvenes se podía elegir carrera, empleo y pareja, y una vez adoptadas esas elecciones decisivas, de adultos había que mantenerlas contra viento y marea de forma vitalicia. De ahí que, a pesar de su aparente jovialidad irresponsable, la juventud fuera la edad más seriamente comprometedora de todas, pues era en ella cuando había que jugarse la vida, al tener que tomar unas decisiones tan graves y cruciales que comprometían al futuro adulto para todo el resto de su vida. La juventud, en suma, representaba la encrucijada vital más dramática de todas, aquella que al atravesarla se formaba el carácter, se construía el propio destino futuro y se adquiría la identidad adulta definitiva.

(14)
Gil Calvo, 1999.

(15)
Gil Calvo, 1985.

De ahí que la literatura glorificase a la juventud, cantando al joven héroe que protagoniza la novela de su vida al construir su propio futuro con el esforzado agonismo de su lucha juvenil: una pasión útil, en tanto que autorredentora. Y esto no sólo en los ya citados *Años de aprendizaje* de Goethe sino también en el *Rojo y negro* de Stendhal, *La educación sentimental* de Flaubert o el *Bel-Ami* de Maupassant, ejemplos todos ellos del hombre que se hace a sí mismo, y que obtiene lo que se ha merecido durante las hazañas gloriosas o trágicas protagonizadas durante su ardua juventud. Por eso Gyorg Lukács, en su *Teoría de la novela*, pudo decir que el héroe de la novelística burguesa no era otra cosa que el trasunto literario del weberiano burgués individualista: el sujeto que se autodeterminaba a sí mismo construyendo su destino futuro en busca de su propia salvación. Pero la pasión redentora del héroe sólo tenía lugar durante su juventud, la etapa crucial en que se le ponía a prueba. Y una vez superada ésta, la edad adulta no era otra cosa que el constante cumplimiento aplazado de aquella tarea o misión biográfica que el sujeto había contraído y adquirido durante su juventud, comprometiéndose vitaliciamente con ella.

Bien, pues esto ya no sucede hoy así. Ahora, la correlación de fuerzas entre adultos y jóvenes se ha invertido en perjuicio de estos, que han perdido su pasada capacidad decisoria. Es verdad que ahora los jóvenes ya disponen de plena capacidad de consumo y libre gratificación sexual. Pero a cambio, las elecciones de carrera, de empleo y de pareja que hoy hacen los jóvenes ya no resultan decisivas en absoluto, y mucho menos vitalicias, pues se trata de unas elecciones precarias, provisionales e inciertas que están predestinadas a ser probablemente revocadas. Hoy un joven sabe que a lo largo de su vida adulta tendrá que cambiar varias veces de formación, de empleo y de pareja. Por lo tanto, las decisiones que tome de joven ya no son cruciales y comprometedoras sino irrelevantes y gratuitas, pues deberán ser revisadas y rectificadas posteriormente a lo largo de la edad adulta, que ahora se ha hecho mucho más dramática y decisiva. En efecto, ahora la edad verdaderamente heroica es la edad adulta, pues es en ella cuando hay que enfrentarse al grave problema que supone tener que cambiar de formación, de empleo, de pareja, de familia y hasta de identidad personal, haciéndolo además varias veces a lo largo de la vida adulta, en un permanente proceso de metamorfosis continua.

Esto ha hecho que la encrucijada biográfica que antes se concentraba para localizarse tan sólo en la juventud, ahora se prolongue y disperse a lo largo de la edad adulta. Ya no se toma durante la juventud una triple elección irrevocable y vitalicia sino que ahora se toman a todo lo largo de la vida adulta múltiples decisiones precarias e inciertas predestinadas a ser revocadas y sustituidas por otras nuevas, contradictorias con las antiguas, lo que implica tener que sufrir un dramático proceso de transformación de la propia identidad. Y este cambio biográfico no supone sólo un desplazamiento del centro de gravedad del curso vital hacia edades más tardías sino que además también implica hacer estallar ese centro vital en múltiples puntos de inflexión desconectados entre sí, que se suceden unos a otros en un discontinuo rosario de geometría variable e imprevisible desenlace. (16) Por eso el viejo héroe lineal de la novelística tradicional ha sido sustituido por las nuevas *vidas cruzadas* (título de la traducción al castellano de los *Short Cuts* de Raymond Carver) que registra la narrativa posmoderna, la única que en la estela del *Ulises* joyceano parece capaz de dar cuenta de esta emergente complejidad biográfica. (17)

(16)
Gil Calvo, 2001 a.

(17)
Gil Calvo, 2001 b.

En suma, ahora ya no te juegas la vida de un sólo golpe durante tu juventud sino que ahora te la sigues jugando de adulto una y otra vez, apostando de nuevo toda tu vida a cada vuelta de la esquina. A esto cabe llamarlo 'envejecimiento de la juventud' (o 'juvenilización de la edad adulta'), pues viene a suponer que esa edad heroica de lucha por la vida y toma de decisiones cruciales ya no se reduce a la juventud sino que se generaliza a todo lo largo de la edad adulta, una edad que se convierte así en un rosario continuo de luchas inciertas por una vida imprevista y llena de contingencias.

Y por contraste con este nuevo dramatismo que cobra la edad adulta, atravesada por múltiples rupturas y encrucijadas que obligan a reconstruir *ex novo* la propia identidad personal, la juventud queda relegada a una relativa irrelevancia, convertida en un irrisorio juego de niños que carece de trascendencia última. Parafraseando el *Macbeth* de Shakespeare, la juventud ya es un cuento narrado por un idiota, lleno de ruido y de furia, que ya no tiene sentido porque resulta incapaz de predeterminar el destino de la vida adulta. Es el ruido y la furia escenificados por las piras de coches en llamas que ardieron durante el otoño francés de 2005, como expresión de la incapacidad de los jóvenes excluidos por ganarse la vida mereciendo su integración adulta.

BIBLIOGRAFÍA

Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2003), *La individualización*, Paidós, Barcelona.

Bourdieu, P. (1988), *La distinción*, Taurus, Madrid.

Esping-Andersen, G. (2000), *Fundamentos sociales de las economías postindustriales*, Ariel, Barcelona.

Flaquer, L. (1999), *La estrella menguante del padre*, Ariel, Barcelona.

Gil Calvo, E. (1985), *Los depredadores audiovisuales. Juventud urbana y cultura de masas*, Tecnos, Madrid.

_____(1996), «La complicidad festiva. Identidades grupales y cultos de fin de semana», *Revista De Juventud*, Instituto Nacional de la Juventud (INJUVE), núm. 37 (octubre), pp. 27 a 34, Madrid.

_____(1997), *El nuevo sexo débil. Los dilemas del varón posmoderno*, Temas de Hoy, Madrid.

_____(1999), «El big bang de la juventud: del relato a la red», *La nueva condición juvenil y las políticas de juventud. Actas del congreso celebrado en Barcelona en noviembre de 1998*, pp. 266 a 280, Diputación de Barcelona, Barcelona.

_____(2001 a), *Nacidos para cambiar. Cómo construimos nuestras biografías*, Taurus, Madrid.

_____(2001 b), "Identidades complejas y cambio biográfico", *Estructura y cambio social. Libro de homenaje a Salustiano del Campo*, pp. 151 a 158, Centro Investigaciones Sociológicas (CIS), Madrid.

_____(2002), "Emancipación tardía y estrategia familiar", *Revista de estudios de Juventud*, Instituto Nacional de la Juventud (INJUVE), núm. 58 (septiembre), pp. 9 a 18, Madrid.

_____(2003), "Familias fallidas y trabajo materno", revista *Arbor* (CSIC), tomo CLXXVI, núm. 694 (octubre), pp. 283 a 299, Madrid.

Smelser, N. y Erikson, E. eds. (1982), *Trabajo y amor en la edad adulta*, Grijalbo, Barcelona.

Théry, I. (1996), «La institución familiar sin herederos», *Revista de Occidente*, núm. 199 (diciembre), pp. 35 a 62, Madrid.

Enrique Gil Calvo es profesor de sociología política. Su área de interés incluye los estudios de edad y género. Ha publicado más de 15 libros. Los más recientes son: *El miedo es el mensaje* (Alianza, 2003) y *Máscaras masculinas* (Anagrama, en prensa).